

Cómo lo consiguió Obama

KARL ROVE

EL MUNDO, 8.11.08

El antiguo estratega-jefe de Bush en las elecciones de 2004 desvela las claves de la victoria.

Intensas y apasionantes, las elecciones de 2008 han sido, además, históricas. El hijo de un inmigrante keniano y una madre estadounidense se ha encumbrado hasta la Presidencia del país más poderoso de la Tierra. ¿A quién no conmovió la imagen de Jesse Jackson, de pie y rodeado de desconocidos, con las lágrimas en la cara mientras pensaba en el largo viaje recorrido?

La victoria de Obama fue en parte cosa del destino: es un líder fresco, bien dotado y carismático que ha surgido justo en un momento en el que la gente deseaba algo totalmente nuevo. Otra parte se debió a las circunstancias: el susto de octubre se produjo justo un mes antes y enmarcó las elecciones de la mejor forma posible para el demócrata.

Otra parte fue una toma de posición bien pensada: sus posturas transpartidistas y su resolución para enfrentarse a los retos acuciantes del país resultaron tremendamente atractivas, especialmente porque las transmitió con esperanza y optimismo. Y otra parte fue cuestión de planificación y ejecución: la campaña de Obama, dirigida por los dos David (Plouffe, el coordinador, y Axelrod, el estratega), armó un poderoso ejército de persuasión orientado a cumplimentar dos tareas.

Un candidato puede mejorar el rendimiento de su partido sacando a nueva gente a votar o convenciendo a electores que tendían a apoyar al otro partido. Lo primero proporciona un voto adicional; lo segundo vale por dos, el voto de ese candidato y el que le quita a su adversario.

De modo que los dos David se apuntaron millones de votantes en estados que la campaña de Obama había elegido como campos de batalla, especialmente allí donde había muchos afroamericanos y jóvenes demócratas que hasta ahora no mostraban interés en acudir a las urnas. Plouffe y Axelrod comprendieron que en los últimos 28 años, sólo 11 de cada 20 estadounidenses con derecho a voto lo ejercitan en unas presidenciales. Se centraron en inscribir y motivar a los otros nueve. Esta decisión, quizá más que ninguna otra, permitió a Obama ganar estados antes republicanos como Virginia, Indiana, Colorado y Nevada. Ello obligó a McCain a pasarse la mayor parte del otoño defendiéndolos, porque no pudo dar por supuestos estados en cuya victoria confiaba antes.

En segundo lugar, Plouffe y Axelrod arrancaron de las filas del Partido Republicano a ciertos sectores pequeños pero decisivos. No podemos ser precisos, porque por tercera vez consecutiva las encuestas a pie de urna resultaron un fiasco. Los números en bruto pronosticaban una victoria de Obama por 18 puntos, las agencias de noticias que avalaron la encuesta la redujeron arbitrariamente a una ventaja de 10 y el margen real fue de seis.

Pero sí sabemos que al presidente electo Barack Obama le fue mejor entre los ciudadanos que van a la iglesia con frecuencia (logrando unos 10 puntos más que John Kerry), entre los independientes (unos cinco puntos más que Kerry y ocho puntos más que Al Gore), entre los

hispanos y entre los blancos. Incluso hizo llamamientos especiales a los propietarios de armas y envió a su mujer a ganarse a las familias de los militares. Esto le permitió lograr estados antes republicanos como Florida, Nuevo Mexico e Iowa.

La combinación ayudó a Obama a obtener a nivel nacional cuatro puntos más que John Kerry en 2004 y 2,5 puntos más que Al Gore en 2000. Estos pequeños cambios en los márgenes constituyen toda la diferencia entre ganar y perder.

Es un elogio a su capacidad que Obama, el senador más liberal de la Cámara, consiguiera la victoria en un país que sigue siendo de centro-derecha. La mayoría de los sondeos preelectorales y las irregulares encuestas a pie de urna indican que Estados Unidos se mantiene ideológicamente estable, con un 34% de los votantes que se declaran conservadores (un dato que no cambia respecto a 2004). Los moderados han pasado del 44% al 45% del electorado, en tanto que los liberales han bajado del 22% al 21%.

Obama entendió bien esto. Minimizó los llamamientos a la retirada de Irak y en su lugar puso énfasis en actuar con dureza en Afganistán, llegando a amenazar a un aliado como Pakistán si no aumenta su contribución para exterminar a Al Qaeda. Obama hizo campaña por «un recorte fiscal para el 95% de los estadounidenses», en tanto que tachó de «extremista» la idea de una «atención sanitaria en manos del Gobierno» y las propuestas de su adversario como subidas de impuestos encubiertas.

Lo que han logrado Obama y su equipo es impresionante. Pero en 75 días llega lo difícil. El martes por la noche tuvimos una primera visión del

reto. El discurso del presidente electo, aunque elegante y a veces reconfortante, fue liviano en lo que se refiere a la descripción de una agenda. Puede que lo contrario hubiera sido inapropiado, pero fue la continuación de su pauta habitual.

A muchos estadounidenses les ha atraído Obama porque vieron en él lo que querían ver. Llegó a ser un gran recipiente donde los votantes vertieron sus esperanzas. Esto puede conducir a la decepción. ¿Qué me dicen de la mujer que, en los últimos días de la campaña, se regocijaba de que Obama fuera a pagarle el gas y a ocuparse de su hipoteca?

El martes, el país votó por el cambio. Pero la dirección precisa que va a tomar dicho cambio sigue sin estar clara. La victoria de Obama fue más personal que ideológica. Las grandes esperanzas y vagos hechizos que han caracterizado los últimos 21 meses fueron la fase poética; la fase prosaica empieza ahora.

Deberían ser unos años interesantes. Que todos los estadounidenses tengan esperanza en el éxito del nuevo presidente y del país que todos amamos.